

RESUMEN CRONOLÓGICO.

CAMPAÑA DE 1809.

ESSLING. — WAGRAM.

- |  |  |
|--|--|
| <p>17 de mayo Reunion de los estados romanos al imperio francés.<br/>— Toma de Malborghetto y combate de Tarvis (Italia).<br/>19. — Entrada en Inspruck (Tirol).<br/>21. — 22. — Batalla de Essling.<br/>— Toma de Laybach (ejército de Italia).<br/>— Combate de Gospich (ejército de Italia).<br/>27. — Reunion del ejército de Italia con el de Alemania.<br/>28. — Ocupacion de Fiume.<br/>31. — Toma de Stransund. — Muerte de Schill.<br/>1. de junio. Los austriacos evacuan el gran ducado de Varsovia.<br/>6. — Eleccion del duque de Surde- mania para el trono de Suecia, bajo el nombre de Carlos XIII.<br/>14. — Batalla de Raap (ejército de Italia).<br/>22. — Toma y capitulacion de Raap.<br/>26. — Combate de Gratz.<br/>30. — Combate de Presburgo.<br/>4 — 5 de julio. Paso del Danubio, combate de Enzersdorf.<br/>6 — 7 — Batalla de Wagram (10 ban-</p> | <p>deras, 40 cañones, 20,000 prisioneros).<br/>9 de julio. Combate de Laca.<br/>10 — Combate de Hollabrunn.<br/>11 — Batalla de Znaïm (2 banderas, 3 cañones, 3,000 prisioneros).<br/>12. — Armisticio de Znaïm.<br/>14. — Recobro de Cracovia por los polacos.<br/>1 de agosto. Expedicion de los ingleses á la isla de Walcheren.<br/>15. — Capitulacion de Flessinga.<br/>— Creacion de la orden de los tres toisones.<br/>17 de setiembre. Paz entre la Rusia y la Suecia.<br/>13 de octubre. Atentado de Staps contra el Emperador.<br/>14. — Paz de Schonbrunn entre la Francia y el Austria.<br/>— Organizacion de las provincias Ilirias, y su reunion á la Francia.<br/>26. — Regreso del Emperador a Fontainebleau.<br/>20 de noviembre. Evacuacion de Viena por las tropas francesas.<br/>28. — Institucion de los premios decenales.</p> |
|--|--|



Nacimiento del rey de Roma.

EL REY DE ROMA.

Los años 1810, 1811 y los ocho primeros meses de 1812 son la época gloriosa y próspera del reinado de Napoleon. Estendiéronse los confines del imperio francés, por un lado hasta la embocadura del Elba, por otro hasta las márgenes del Tiber: Roma vino á ser la segunda ciudad del Imperio, y Amsterdam la tercera: un hermano del Emperador reinaba en España, otro en Nápoles, y otro en Westfalia; Napoleon, rey de Italia, era mediador de la confederacion suiza, y protector de la confederacion del Rhin; de modo que la dominacion francesa alcanzaba directamente á cuarenta y cuatro millones de hombres, y el patrocinio del Emperador estendiase hasta sobre cien millones de europeos. Honrábanse con su alianza la Suecia, Dinamarca, Baviera, Wurtemberg, la Prusia, el Austria y la Rusia. Solo la Inglaterra, esa antigua enemiga, esa eterna rival del engrandecimiento de la Francia, conservaba sus sentimientos de enemistad al nombre francés. Pero el bloqueo continental, rigurosamente observado,

heria mortalmente su comercio y marina; estábanle cerrados todos los puertos de la Europa, prohibidos todos los negocios, y mientras que de este modo se le imposibilitaba toda salida para la venta de los géneros coloniales, el Emperador con su proteccion estimulaba y escitaba el ingenio de la industria y la paciencia de la agricultura. La fabricacion del azúcar de remolacha preparábase á luchar contra la del azúcar de caña, y grandes plantaciones de algodón naturalizaban en Italia el cultivo de tan preciosa planta.

Tambien ese tiempo de gloria europea y de prosperidad interior señalóse en la vida de Napoleon con los mayores acontecimientos que hayan interesado á sus afecciones domésticas: el divorcio con Josefina, el casamiento con Maria-Luisa, y el nacimiento del rey de Roma.

En Schoenbrunn, un dia antes de firmarse la paz con el Austria, hallóse Napoleon espuesto al puñal de un jóven fanático, Federico Staps, hijo de un ministro protestante de Hamburgo. Dos veces intentára este jóven acercarse al Emperador cuando pasaba una revista; el general Rapp, sospechando que llevaba mala intencion, lo hizo prender, y le encontraron un cuchillo recientemente aguzado. Napoleon deseó verle é interrogarle. El jóven declaró con mucha calma que habia venido para libertar la Alemania y matar al opresor de su pais. «Estará loco ó enfermo,» dijo el Emperador, y llamóse al médico Corvisart. El pulso de Staps era regular, y tranquilo su continente; cuando le reconocieron en perfecto juicio, tomó un aire de triunfo. Mirábalo con compasion el Emperador, conmovido por su juventud y firmeza, y le ofreció perdonarle. «Si me perdonaseis, no por eso dejaria de mataros.... Solo una cosa siento en este instante; no haber podido lograr mi intento» respondió el obstinado Staps á tan generosa oferta. Aquello ya no era firmeza, sino rabia brutal. El Emperador, al paso que se compadecia del desvarío de aquel jóven, tuvo que abandonarle á la severidad de las leyes.

Aquella tentativa criminal naturalmente indujo á Napoleon á pensar que seria de la Francia, en caso de que la muerte se lo llevase antes de haber dejado un heredero de su sangre que pudiese continuar sus trabajos y asegurar sus obras! Siempre deseó un hijo, deseo legítimo en el fundador de un imperio; pero Josefina no podia dárselo. La voz de la razon de estado acalló la de las afecciones del corazon: resolvió un divorcio, al que la Emperatriz sometióse generosamente, y el senado y la oficialidad de Paris pronunciaron la disolucion de su matrimonio. En la decision de los senadores pudo influir algun motivo de política, pero el clero halló por pretesto una ligera falta en la forma. El hijo de Josefina, Eugenio Beauharnais, ayudó á su madre á sobrellevar tan grande sacrificio, y con su desinteresada abnegacion, con su amor filial, dió cierta dignidad y grandeza estóica á aquel acto, que tantos sentimientos heria. En tan triste circunstancia supo Eugenio conciliar sus sentimientos para con su madre, con sus deberes respecto del Emperador, al paso que Josefina conservó el rango y título de Emperatriz, y una cosa que vale tanto como una corona, el amor de la mayoría de los franceses.

El divorcio del Emperador puso en conmocion á todas las cortes de Europa. Napoleon pensára por un instante tomar por esposa una princesa de Sajonia, pero al fin escogió una rusa. Una carta confidencial, que relativamente á ello escribió al emperador de Rusia, hizo que renunciase á aquella alianza, cuyas consecuencias tan importantes hubiesen sido para el porvenir del imperio francés. Mostró Alejandro complacerse en el deseo de Napoleon, pero pidió tiempo á causa de la tierna edad de la gran duquesa Ana, su hermana, en quien pensára el Emperador. Este no creyó que la política, única que le dictaba su conducta en tan importante cuestion, le permitiese esperar.

A falta de una princesa rusa, solo podia recaer su eleccion en una archiduquesa de Austria. El emperador Francisco II acogió solícitamente la proposicion de dar su hija á Napoleon; y el 11 de marzo de 1810, Berthier, príncipe de Neufchatel, casóse solemnemente, en nombre del Emperador, con aquella misma princesa Maria-Luisa á quien tal vez Napo-

leon salvó la vida el año anterior.

Dos días después, partió la princesa para París. Entre Braunau y Altheim encontró á la reina de Nápoles, á quien enviaba el Emperador para recibirla de las manos de su familia, y desde entonces tomó el título de Emperatriz de los franceses. Al entrar en Francia, saludáronla unánimes aclamaciones de júbilo: era para la nación como la aurora de un porvenir mas hermoso. En Strasburgo, un page que vestía los colores imperiales le trajo una carta, flores estrañas y faisanes de la caza de Napoleon; reposó dos días en aquella ciudad, y por la primera vez habló á las autoridades francesas que le fueron presentadas. Todos quedaron encantados de su bondad y dulzura, y los galantes homenajes que la acogieron en su entrada en Strasburgo, la siguieron por todo el camino. Cada día un page enviado por el Emperador le trajo un billete y regalos, cuyo valor consistía sobre todo en la oportunidad que acompañaba á la oferta.

Como entre soberanos todo lo arregla el ceremonial, los mas hábiles cortesanos de entrambas cortes creyeron que debían disponer con un programa la primera entrevista de los dos esposos, la cual, segun aquel reglamento, debía verificarse en un pabellon construido en medio del bosque de Compiègne. Uno de los artículos de aquel acta, tan importante para la etiqueta, decia:

*«Cuando SS. MM. se encontrarán en la tienda del centro, (donde debían entrar á un mismo tiempo por dos opuestos lados), la Emperatriz se inclinará en ademan de arrodillarse, el Emperador la levantará, la abrazará, y se sentarán SS. MM.»*

Por mucha que sea la deferencia y respeto que un marido pueda exigir de su esposa, hubiera sido muy duro á una hija de los Césares cumplir con este artículo del ceremonial. La impaciencia de Napoleon y su brusca entrevista hicieron inútil exigencia tan ridícula.

Así que supo el Emperador que se acercaba su jóven esposa, partió sin escolta y sin comitiva; y acompañado solamente de su cuñado el rey de Nápoles, fué á encontrarla de

incógnito. Llegó á Courcelles en el momento en que los correos de la Emperatriz hacían preparar los caballos que debían conducir su coche. Apeóse de su carruage y, para guarecerse de la lluvia, refugióse debajo del pórtico de la iglesia y allí aguardó á la Emperatriz. Cuando hubo llegado el coche de Maria-Luisa, y mientras mudaban los caballos, precipitóse á la puertecilla, abrióla; pero el escudero de servicio, que lo reconoció y que no estaba en el secreto del incógnito, dióse prisa á abajar el estribo y anunciar á Napoleon. Echóse al cuello de la Emperatriz, que no estando preparada para tan imprevista galantería debió de maravillarse sobremanera, y mandó cerrar la portezuela y marchar al punto á Compiègne, á donde llegó con Maria-Luisa á las diez de la noche. El día siguiente, desayunóse junto á la cama de su esposa, al parecer muy contento de su felicidad, mientras no menos conmovida parecia estar la Emperatriz.

SS. MM. hicieron su solemne entrada en París entre inmenso concurso del pueblo. Dióles la bendicion el cardenal Fesch, gran limosnero de Francia, y aquella ceremonia se verificó con la mayor magnificencia. La vasta sala cuadrada que da á la galeria del Louvre, fué dispuesta en forma de capilla y cercada de tribunas para los reyes, los príncipes, soberanos y embajadores que debían asistir á tan brillante solemnidad, la cual tambien presenciaron la mayor parte de los cardenales que se hallaban en París. Salió la comitiva del Emperador de las Tullerías, y por la sala del Museo adelantóse hácia la capilla, en medio de una respetuosa muchedumbre alineada en los dos lados de la galeria. Hallábanse allí reunidos todos los cuerpos del estado, todas las dignidades civiles y militares, todas cuantas personas distinguidas contenían la corte de Francia, las cortes estrangeras y la ciudad de París, de modo que contábanse mas de ocho mil asistentes. Era general el entusiasmo; tanto amaban al Emperador que cada uno parecia feliz porque él lo era. Aquel matrimonio, á los ojos del pueblo, era una segura garantia de la duracion de la gloriosa paz que la victoria de Wagram diera á la Francia.

Envaneciéndose el Emperador de su jóven esposa, quiso mostrarla á los pueblos de los departamentos, y visitó sucesi-

vamente con ella San-Quintín, Cambay, Amberes y Bruselas. En todas partes le recibieron con igual entusiasmo que el que saludara su entrada en París. En aquel viage, reconoció las embocaduras del Escalda y la isla de Walcheren, teatro de la desgraciada expedición de lord Chatam. Mas conviene que demos una ojeada á los antecedentes, para conocer esa tentativa contra la Francia, que tan fatal écsito tuvo para la Inglaterra.

Durante la guerra de 1809, la Inglaterra habia prometido al Austria operar una poderosa diversion ó en el norte de Alemania ó en las costas de Francia. En Alemania, un desembarco de ingleses hubiera sido un socorro positivo para los austríacos; y el interés particular de la Inglaterra, que siempre es el primer móvil de los actos del gabinete de Londres, le hizo preferir un ataque en las costas del imperio francés. Este ataque, despues de la batalla de Wagram, ya no podia reportar ninguna utilidad á la casa de Austria, pero conveniale á la Inglaterra destruir los magníficos establecimientos marítimos de Amberes, y por otra parte el primer efecto de la expedición debia ser suspender las negociaciones que se dirigian á dar la paz á la Europa.

Una considerable flota, que no bajaba de treinta y nueve navios de línea, de treinta y seis fragatas con una numerosa flotilla de lanchas cañoneras, y que llevaba cuarenta mil hombres de desembarco, fué destinada á apoderarse de Amberes, á quemar nuestros buques, á destruir nuestros astilleros, y á cegar los canales del Escalda para hacerlos intransitables. El interés que por esta expedición manifestaba la Inglaterra era la mejor prueba de la sabiduria de los trabajos que ordenó el Emperador para convertir á Amberes en primer puerto de Europa.

Era gefe de la flota el almirante Stracham. Lord Chatam, hermano mayor del célebre Pitt, fué colocado al frente del ejército de desembarco, que saltó en tierra el 1.º de agosto de 1809, en la isla de Walcheren: las costas estaban sin tropas y las ciudades sin guarnicion.

Chatam en vez de marchar directa y osadamente á Amberes, donde podia llegar antes que se hubiese hecho ningun preparativo de defensa, temió comprometerse sobre el continente, anduvo á tientas con su derecha delante de Breskens y de la isla de Cassand, que no osó atacar bruscamente, condujo el grueso de sus fuerzas al norte de la isla de Walcheren, y puso sitio á Flessinga. Una de sus divisiones tomó Goez en la isla de Sad-Bevelan, y, gracias al mal comportamiento de un general holandés, logró apoderarse del fuerte de Batz, que domina los dos brazos formados por la embocadura del Escalda. Pero, mientras quedasen dueños los franceses de los fuertes de Lillo, de la cabeza de Flandes, de Federico-Henrique y de Liefenshoek (situados sobre las márgenes del Grande-Escalda entre Batz y Amberes), nada podia decidir aquella toma. El general Rousseau, que mandaba en Cassand, y que dió muestras de celo y capacidad, logró hacer entrar dos batallones de refuerzo en Flessinga, donde hallábase el general Monnet.

Trece dias despues de su desembarco, rompieron en fin los ingleses contra Flessinga un espantoso fuego, no solo de sus baterias de tierra, sino tambien de su gran flotilla de bombardas. Flessinga solo tenia una muralla con un camino cubierto: era una mala plaza, y estalló por todas partes el incendio. No habia casamatas al abrigo de las bombas; así es que despues de haber sufrido tres dias de bombardeo, el general Monnet capituló y se entregó prisionero con su guarnicion fuerte de cuatro mil hombres. Como no habia sostenido ningun asalto, y como no se habia abierto ninguna brecha en el cuerpo de la plaza, este general, citado despues ante un consejo de guerra, fué condenado.

Con la toma de Flessinga tuiéronse por triunfantes los ingleses; pero su gefe continuó mostrando la misma flojedad en el obrar y la misma incertidumbre en las decisiones.

Sin embargo, todo cambiára ya de aspecto en Amberes; el rey de Holanda, sabedor de la aparicion del enemigo, llegó allí con su guardia y cinco mil hombres de sus tropas. Los generales que mandaban en los departamentos de la Bélgica y de la Picardía reuniéran asimismo de siete á ocho mil hombres, y la flota se puso al abrigo de los fuertes. En París el consejo